



EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU (EVANGELII GAUDIUM)

Nos vamos a servir del capítulo quinto de *Evangelii Gaudium*, que tiene como título “Evangelizadores con Espíritu”. Como ven ustedes, recurrimos al magisterio de la Iglesia para, desde él, irnos puliendo; desde él, irnos preguntando cómo nos quiere el Señor. Bebemos de la fuente del magisterio, de la palabra de Dios y de ese magisterio de la Iglesia.

Sirviéndonos de ese capítulo quinto, Evangelizadores con Espíritu, dice Francisco en el punto 261:

Cuando se dice que algo tiene espíritu, esto suele indicar unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria. Una evangelización con espíritu es muy diferente de un conjunto de tareas vividas como una obligación pesada que simplemente se tolera o se sobrelleva como algo que contradice las propias inclinaciones y deseos. ¡Cómo quisiera encontrar las palabras para alentar una etapa evangelizadora más fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa!

O sea, el Papa nos dice, que incluso se dice en nuestro lenguaje habitual,: “a esto le falta espíritu, le falta espíritu”. Puede ser que la letra esté perfecta, que a la letra no haya que hacerle ninguna matización, pero le falta espíritu. Esa expresión que solemos decir popularmente, yo creo que se entiende, porque la letra refiere lógicamente a un contenido, pero luego tiene que haber un espíritu que conjugue con la letra. Se suele decir así, popularmente, en nuestro lenguaje español, que a veces la letra y la música no coinciden. Por ejemplo, te viene una persona y te dice, “No, yo no

tengo nada contra ése. No tengo nada. Yo no tengo". Y tú dices: "Perdona, la letra y la música no coinciden. Me dices que no tienes nada contra él, y en la manera de decírmelo me estás diciendo que sí que tienes. Tú, aunque me digas no tienes nada, se te nota que tienes unos celos que es que te rezuman en tu tono de voz". El espíritu es muy importante.

A esto se refiere el Papa Francisco cuando dice que a veces tenemos construcciones perfectas, teóricamente perfectas, pero les falta el espíritu. Ese espíritu es que ese gran mensaje sea expresado desde tu pasión interior. Dios nos ha creado pasionales y no tenemos que asustarnos de eso, la pasionalidad es un don de Dios; otra cosa es que sea bien conducida o mal conducida. Pero que tu pasionalidad esté integrada en la letra, que tú le pongas pasión a esa letra; si no, le falta espíritu.

Además de esto anterior, dice el punto 261:

Pero sé que ninguna motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del espíritu. En definitiva, una evangelización con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que Él es el alma de la Iglesia evangelizadora. El Espíritu Santo infunde la fuerza para anunciar la novedad del evangelio con audacia, parresía, en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente.

Por lo tanto, **evangelizar con espíritu puede tener dos acepciones. La primera**, a la que me he referido antes, quiere decir **con pasionalidad**. Que lo que dice la letra conjugue con tu pasionalidad. Si alguien está diciendo sin ánimos que "Jesús entregó su vida por nuestra salvación", uno dice: "¡Por Dios, que la letra y la música no coinciden!". Tu pasionalidad tiene que estar puesta al servicio de lo que ahí se está diciendo. Ahora, el espíritu no es únicamente tu espíritu, tu pasionalidad. **La segunda** afirmación que hacemos es que evangelizar con espíritu también es **con Espíritu Santo**, tercera persona de la Santísima Trinidad. No sólo es tu espíritu personal, tu pasionalidad, sino el Espíritu con mayúsculas. Tiene que ser con espíritu con minúsculas, pero también con Espíritu con mayúsculas; con Espíritu Santo también. Entre otras cosas, porque esas dos acepciones de espíritu con minúsculas y con mayúsculas no son contradictorias, porque es el Espíritu Santo el que nos creó pasionales. Somos imagen y semejanza de Dios; esa pasionalidad, ese espíritu con minúsculas, es obra del Espíritu con mayúsculas.

No hay contradicción entre el espíritu con minúsculas y el Espíritu con mayúscula, con la tercera persona de la Santísima Trinidad, porque estamos llamados a sintonizarnos, a que mi pasionalidad sea purificada e iluminada. En la historia de la espiritualidad siempre han existido la dimensión purificativa o purgativa, y la iluminativa, para llegar a la unitiva. Han sido siempre las **tres vías de las escuelas de espiritualidad: vía purgativa, vía iluminativa y vía unitiva.**

Las tres son importantes. **La purgativa**, la purificativa, nos dice que yo necesito, en mi pasionalidad, desprenderme de muchas cosas. San Juan de la Cruz pone un ejemplo precioso, dice que cuando tú coges un tronco, una rama gruesa de un árbol que todavía está verde recién cortada, y la echas en el fuego para que sirva de leña, como el tronco está todavía húmedo no prende fuego inmediatamente, sino que primero tiene que echar toda la humedad que tiene dentro. A veces echa espumarajos, y a veces incluso mete ruido, pega pitidos y chasquidos, porque tiene una humedad de la que tiene que vaciarse. Mientras que no se seque, no se purifique, ese tronco no es capaz de arder.

Esa es la vía purificativa, que uno en su pasionalidad tiene que desprenderse de cosas, como he dicho antes. Porque una cosa es tener celo y otra cosa es tener celos. Una cosa es tener ardor y otra cosa es ser posesivo. Podíamos poner montones de ejemplos más en los que mi pasionalidad tiene que ser purificada. La tarea de la purificación es importantísima y hay que pedir el don del Espíritu Santo para desenmascarar las cosas, porque es muy fácil que nos autoengañemos. Por ejemplo, cuando alguien padece celos, es muy difícil que él los identifique fácilmente; tiende a justificarse con falsas razones. Como tienes celos, toda la visión de la realidad que tú juzgas está trastocada. Entonces, necesitas una purificación interior para ver las cosas desde otra perspectiva.

La vía iluminativa, que no es contradictoria con la anterior, es ver cómo Jesús en el Evangelio me va predicando los valores del reino, y los valores del reino hacen que yo vea las cosas con mayor claridad. Porque no se trata únicamente de examinar mi conciencia. Perdonad que ponga tantos ejemplos de los santos españoles, porque la verdad es que creo que es un tesoro que tenemos. Santa Teresa de Jesús dice: “Entrando en una habitación, me pareció que la mesa central de la habitación estaba limpia. Pero en abriendo el ventanal y entrando la luz del sol, vi todo el polvo que había dentro”. Claro, porque es la iluminación la que te permite conocer las cosas. Es que la purificación no se hace únicamente por vía de introspección: me voy a examinar. Hay cosas que por mucho que te examines necesitas luz para verlas. Sin luz tú no vas a ver las cosas. Necesitas la luz de la Revelación. Entonces entra en la luz y dices: “Jo, cuánto polvo había en esta mesa”. El polvo ya

estaba antes, pero tú no tenías luz para verlo. Y así pasa a veces que, en la vida espiritual, uno cuanto más se acerca a Dios más conciencia tiene de sus pecados. ¡Parece que esto de ser cristiano me hace más pecador! No, lo que pasa es que ahora ves las cosas que antes no veías. Es la luz la que te permite conocer las cosas.

Y finalmente, **la vía unitiva**. La vía unitiva es nuestra meta definitiva en el cielo. Es el matrimonio espiritual que Dios da aquí a los místicos, en la cumbre de esta vida. Es la visión beatífica que todos tendremos en el cielo, donde seremos una sola cosa en el desposorio con Dios. Porque una clave de la vida espiritual es la esponsalidad: estamos llamados a un desposorio eterno con el Señor. Allí en Ávila, en el lugar donde nació Santa Teresa, en San Pedro de Alcántara, hay un museo con un cuadro precioso al que llaman “Las tres esposas”. No sé si es “Las tres esposas” o “Los tres desposorios”. Bueno, algo parecido. Es un cuadro muy grande, casi de tamaño natural, a modo de tríptico. La primera imagen es la de una novia que se está engalanando con su traje para el día de la boda. La están vistiendo. La segunda imagen es la del desposorio espiritual de Santa Teresa de Jesús, desposándose con Jesús; el desposorio de la vida religiosa en el que un ángel, un querubín, le traspasa con una flecha su corazón. Y en la tercera escena, la tercera esposa es una persona que ha fallecido, que su alma está como saliendo del cuerpo y Jesús viene a desposarse con ella. Un cuadro impresionante, porque en esta vida estamos llamados a desposarnos con Dios, y el matrimonio es un sacramento de ese desposorio definitivo. Y la vida consagrada que hemos recibido algunos como don, es también un adelanto de ese desposorio definitivo.

Luego la vía unitiva es la definitiva. Cuando seamos una sola cosa con el Señor y allí no haya distorsiones. Porque aquí hay muchas distorsiones, porque no estamos bien purificados, porque no estamos bien iluminados. Evangelizadores con espíritu, con pasión, pero evangelizadores con Espíritu Santo, son dos cosas que tenemos toda la vida para integrarlas. Esta vida es una vida para integrar el Espíritu con minúsculas con el Espíritu Santo con mayúsculas. Por la purificación, por la iluminación y por la unión definitiva con Dios. Y si alguno dice “yo no sé si voy avanzando”, hay que saber que no solemos ser buenos jueces de nosotros mismos. Hay que dejar que Dios sea el que evalúe.

Y además el purgatorio, el estado de purgatorio del cual muy pocas veces hablamos, es también un don de Dios y de su misericordia para terminar de consumir la purificación y la iluminación y llegar a la vía unitiva. Porque el propio San Juan de la Cruz utiliza esa imagen del tronco húmedo, que dice que ha sido bien purificado cuando llega a convertirse en una brasa en la

que ya no se distingue qué es llama y qué es árbol; casi están unidas ambas cosas. Utiliza San Juan de la Cruz esa imagen para hablar del purgatorio, porque en el purgatorio hay esos irnos purificando y desprendiendo hasta que al final seamos llama de amor viva con Dios en el cielo. Hay que juzgar eso desde esta perspectiva de ser evangelizadores con espíritu.

Evangelii Gaudium en este capítulo subraya mucho, en esa motivación del impulso misionero, la importancia de los dos pulmones. ¿A qué me refiero yo con los dos pulmones? En la Iglesia siempre ha habido dos pulmones, el alma o el pulmón contemplativo, y el pulmón activo. Se dice que también la Iglesia tiene como dos pulmones, la Iglesia oriental católica - los cristianos orientales son más contemplativos - y los cristianos occidentales, que son más activos. Los dos pulmones tienen que respirar al unísono. Esas dos almas, el alma contemplativa y el alma activa, tienen que estar integradas en el proceso de la evangelización.

Nos suele costar bastante esto, porque uno dice: "No, yo es que soy de la rama activa, yo soy de la rama tal...". Es verdad que Dios puede dar determinados carismas, eso es verdad. Hay determinados carismas que, sin rechazar nunca el otro pulmón, reciben un carisma especial en un lado concreto. Pero incluso las almas más contemplativas como San Benito, como Santa Teresa de Jesús, tenían una dimensión de trabajo. *Ora et labora*, decía San Benito; era un monje contemplativo, pero decía *ora et labora*. Siempre tenemos que tener los dos pulmones, la acción y la contemplación, integrados. Si nos cuesta mucho integrarlos es porque todavía nos queda mucho camino, porque nos falta purificación e iluminación. Jesús, ¿qué era? ¿Contemplativo o activo? Esa pregunta es absurda. Jesús, ¿qué era? ¿Verdad o amor? Es una sola cosa. Nuestro problema es la disociación. En este mundo actualmente se está armando un lío muy gordo entre verdad y caridad. Y una de las herejías de nuestro tiempo es contraponer verdad y caridad. Esto, hoy en día, para mí es de lo más grave que está aconteciendo; porque si es un error que se invoque la verdad contra la caridad, también es un error que se invoque la caridad contra la verdad. No, la verdad y la caridad son las dos caras de una misma moneda. Contraponerlas a ambas es un error.

Lo mismo pasa con la vida contemplativa y la vida activa. Son dos dimensiones que tienen que estar plenamente integradas, y dice el Papa al respecto:

Me alegra enormemente que se multipliquen en todas las instituciones eclesiales los grupos de oración, de intercesión, de lectura orante de la palabra, las adoraciones perpetuas de la Eucaristía, al mismo tiempo que se debe

rechazar la tentación de una espiritualidad oculta individualista que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad y de la lógica de la encarnación. Existe el riesgo de que algunos momentos de oración se conviertan en una excusa para no entregar en la vida de misión.

O sea, que existe el riesgo de no integrar las dos almas, la vida contemplativa y la vida activa. Es como una falsa dicotomía. Acordaos del pasaje evangélico de Marta y María, que es muy emblemático. ¿Cuál fue el pecado de Marta? Preparar la cena. No, hombre, Jesús se la comió; estaba bastante rica, creo. A ver, las cosas no iban por ahí. Ese no fue el reproche de Jesús. El reproche de Jesús es:

Marta, Marta, andas inquieta y angustiada con tantas cosas. Sólo una es necesaria.

¿Por dónde va eso? porque fíjate que estaba haciendo cosas buenas, estaba preparando la cena para el hijo de Dios. ¿Te imaginas poder preparar la cena para el hijo de Dios? Jesús no le reprochaba eso. Le reprochaba la posibilidad de que haciendo cosas buenas las hagamos sin estar en la presencia de Dios. Uno puede hacer cosas buenas, se puede uno dedicar a las cosas de Dios, sin estar con Dios. Eso es posible.

No sé si han leído ustedes el libro de Van Thuan, de ese cardenal que estuvo 10 años preso, que se titula “Cinco panes y dos peces”; es una joyita de libro. Un obispo que al que cogen preso, le meten allí 10 años, él no sabía nada, no sabía si algún cristiano de su diócesis habría sobrevivido. Habrán acabado con todos, pensaría, ¿qué estará pasando ahí fuera? Pero lo fuerte del asunto es que él dice que va orando, se va purificando, está celebrando la Eucaristía allí, pone la palma de la manocha allí, consigue unas gotas de vino y celebra la Eucaristía arrinconado para que no vean que está celebrando la Eucaristía en un rincón. Y llega a la siguiente conclusión. Dice:

El Señor me ha traído aquí porque yo estaba antes ocupado en las cosas de Dios. Y me ha traído aquí para que mi corazón se centre en Dios y para que las cosas de Dios no sean para mí una excusa de no estar con Dios.

La verdad es que es impresionante que alguien que está en la cárcel 10 años haga esa lectura de ese momento, es impresionante que alguien haga esa lectura espiritual de algo tan terrible. Que diga: "Mira, es que yo me he dado cuenta que yo me afanaba como Marta, haciendo esto y lo otro y lo otro. Y el estar totalmente volcado en las cosas de Dios hacía que el centro de mi vida no fuese Dios, que fuesen las cosas de Dios". Cuidado con eso. Uno puede tener su corazón centrado en las cosas de Dios. Hay que tenerlo centrado en Dios, no en las cosas. Es como si en un matrimonio uno dice:

- Oye, que no me quieres.

Y le responden:

- Pero ¿cómo que no te quiero? Si te si te preparo la ropa, si te preparo la comida.
- Pero a ver, a ver, un momento ¿me quieres o no me quieres? Dímelo.
- Pero si te estoy haciendo todas las cosas.
- Si, ya, las haces por mí, pero es que no me miras a los ojos. No me has dicho que me quieres hace un montón de tiempo.

Eso que pasa en el matrimonio, que puede pasar en el matrimonio, pasa perfectamente nuestra relación con el Señor. El reproche a Marta es un reproche muy curioso, muy actual. El problema de Marta es que no vive en presencia de Dios, que el agobio por las cosas le roba la presencia de Dios, contrapone la vida activa y la vida contemplativa. Y esa contraposición es una trampa mortal.

Por cierto, ¿me permiten contarles una cosa? Ya sé que me salgo un poco del hilo, pero bueno. No sé si ustedes han pensado alguna vez: "¿Y con Lázaro, qué pasaba? Porque estamos ahí, en la casa de Lázaro, Marta y María ¿y con Lázaro qué pasa? ¿Dónde estaba? Me atrevo a compartirles una explicación hipotética que un tal Vanier, Jean Vanier que es el fundador de El Arca, ha hecho pública, y que a mí francamente me parece muy verosímil y me atrevería a sumarme a ella. Obviamente esto que voy a explicar es una hipótesis, y no forma parte de la enseñanza oficial de la Iglesia. El mundo judío era un mundo muy machista el sentido que la mujer no era protagonista de nada sino que era el varón el que figuraba. Entonces, ¿dónde estaba Lázaro en toda esa historia, que casi no aparece en los evangelios hasta que se muere? Lo que Jan Vanier dice es que en los episodios evangélicos sobre la casa de Betania, que Jesús iba a esa casa de Betania con mucha frecuencia, y era allí donde hospedaba, como Él iba tanto y Lázaro no figura, todo parece indicar que

Lázaro podría ser una persona disminuida, quizás un síndrome de Down. Y eso explica por qué no aparece como sujeto de derecho en ese lugar, sino que siempre aparecen Marta y María, siendo ellas las que son protagonistas activas. Y también dice: “aquel al que tanto quieres está enfermo”, o “ha fallecido”. Jesús tenía un cariño muy especial por él, quizás precisamente por ser un discapacitado, un disminuido, un síndrome de Down al que Jesús le tenía un cariño especial. Pero son siempre Marta y María las que en los episodios evangélicos gestionan las cosas, lo que no se aviene bien con lo que era la costumbre judía en la que el varón era el que siempre gestionaba todo. Bueno, es una teoría, pero que a mí me cuadra mucho; me parece una buena explicación. Por otra parte, Marta y María están en edad casadera pero han renunciado a casarse, se han quedado en casa para cuidar a su hermano. Me parece una explicación hermosa por el hecho de que Jesús eligiese esa familia como su lugar descanso; eso todavía le da más belleza a que Jesús hiciese de la casa de Betania su lugar preferido, su lugar descanso.

Seguimos. Voy a lo anterior, al hecho de la importancia de respirar con dos pulmones. Dios nos ha dado dos pulmones. No se puede respirar sólo con uno. Cuando uno respira con un pulmón va mal. Ahí hay un problema en el alma, el pulmón contemplativo y el pulmón activo.

Dice aquí el Papa Francisco que nunca fue fácil evangelizar ¿Quién ha dicho que esto es fácil? Dice él:

Es sano acordarse de los primeros cristianos y de tantos hermanos a lo largo de la historia que estuvieron cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio y capaces de una gran resistencia activa. Hay quienes se consuelan diciendo que hoy es más difícil. Sin embargo, reconozcamos que las circunstancias del Imperio Romano no eran favorables al anuncio del Evangelio ni en la lucha por la justicia, ni a la defensa de la dignidad humana. En todos los momentos de la historia están presentes la debilidad humana, la búsqueda enfermiza de uno mismo, el egoísmo cómodo, en definitiva, la concupiscencia que nos acecha a todos. Eso está siempre con un ropaje, con un ropaje o con otro. Entonces, no digamos que hoy es más difícil evangelizar.

La historia de la Iglesia da para mucho, viene muy bien conocer la historia de la Iglesia para relativizar los problemas del momento presente. Hubo un momento la historia de la Iglesia en la que todos los obispos del mundo cayeron en la herejía arriana y solo quedó un obispo, San Atanasio, al que encima desterraron. ¡Fíjate qué momento histórico ése! Y los emperadores romanos estuvieron a punto de acabar con la fe, con la fe en la divinidad de Jesucristo. La historia es maestra para que nos demos cuenta de que lo que dice San Pablo: “nos derriban, pero no nos rematan”. Mi hermano sacerdote, que fue director de Radio María y que además fue el causante que yo entrase en Radio María, siendo director de la radio vivió montones de líos y persecuciones y cosas; porque cuando una radio predica una cosa así en un contexto como éste, te puedes imaginar lo que puede llegar a molestar y los movimientos que habrá para intentar quitárselo de en medio. Él en una ocasión, contándome cosas, me decía: “Me parece que voy a poner como lema de Radio María “nos derriban, pero no nos rematan””. Es así, y viene bien saber que siempre ha sido así. Chesterton, cuando hace sus lecturas de la historia, dice que ha habido por lo menos cinco momentos en la historia, en los que la Iglesia ha estado a punto de desaparecer, de morir. Uno, éste que os he contado, el del momento del arrianismo. Pero con mucha gracia dice Chesterton:

El cristianismo ha muerto varias veces, pero ha resucitado otras tantas, porque Dios nos ha enseñado el camino para salir del sepulcro.

Con mucha gracia, diciendo: “A ver, si Jesús salió del sepulcro, nos ha enseñado a nosotros cómo salir”. Esto es muy importante.

En teoría, esto lo sabemos. En teoría sabemos que habrá persecuciones, que habrá dificultades, que no tenemos que asustarnos, que forma parte de lo que Jesús en el evangelio nos dijo. Pero, ¿qué ocurre? Que luego cuando vienen problemas y cuando vienen las persecuciones casi siempre vienen como yo nunca lo hubiese pensado y de quien yo nunca lo hubiese pensado, y a veces desde dentro de tus filas. Y dice uno: “A ver” y te dice el Señor: ¿Pero tú no me habías dicho que querías abrazar la cruz?”. “Sí, pero hombre, pero no de esta manera, de otra manera”, porque uno se había imaginado la persecución diciendo: aquí estamos los cristianos y entonces que vengan los soldados romanos del imperio y que sean ellos los que nos cojan y nos lleven a los leones. Pero resulta que los leones hoy tienen otros formatos. Son formatos en los que parece que alguien te pega una puñalada por la espalda, y no sé qué sale en el medio de comunicación, y uno ya sabía la teoría de que la persecución forma parte de tu vida, pero tú te lo habías imaginado de otra manera. Y

entonces parece que el Señor te dice, "¿Pero no me dijiste tú en aquel retiro "Señor, yo abrazo la cruz para seguirte"? ¿Qué cruz querías? ¿O pensabas tú elegirla?". Esto también es importante que lo entendamos. La persecución siempre ha acontecido, nunca ha sido fácil. Lo que ocurre es que siempre nos sorprende. Esa es la historia. La historia es que siempre nos sorprende. Uno nunca ve realizada esa contradicción en los parámetros en los que la hubiese supuesto. No, son parámetros distintos.

Lo importante es que el evangelizador se centre en una conjugación de fidelidad a la tradición, a la fe católica, a la revelación recibida, y búsqueda interior de esa experiencia. Las dos cosas son necesarias. Fidelidad a la tradición porque, si no, eres tú el que te inventas las cosas, pero con experiencia personal, no meramente recibida por tradición, sino experiencia personal de ella.

Yo a veces en Radio María he puesto el siguiente ejemplo que igual les va a resultar un poco sorprendente. Es recurrir a un ejemplo, como una metáfora. Ya sabemos todos que en el mundo anglosajón tienen ese deporte, la cacería del zorro. Igual que en el mundo hispano tenemos los toros, ellos tienen la cacería del zorro. Cuando se suelta el zorro para que comience la cacería, se le dan unos metros de ventaja y se suelta la jauría de los perros. Y salen 20 o 30 corriendo detrás de él. Nos imaginamos lo que es eso. Todos corren, todos ladran al unísono, todos saltan los setos, y pasan los ríos; y la cacería se alarga porque el zorro corre que se las pela, claro, por la cuenta que le trae. La cacería se alarga y se van descolgando perros, algunos de ellos se hieren las patas, y al final van quedando menos, y menos, y menos hasta que al final son sólo dos o tres los que alcanzan al zorro. La moraleja de esta metáfora es ¿por qué han sido estos dos o tres los que han alcanzado el zorro? Pensamos que porque eran más jóvenes, porque estaban mejor preparados, porque comían mejor, yo que sé. No, la moraleja es otra; es porque estos dos o tres son los que cuando soltaron el zorro le vieron, y entonces corrían detrás de lo que habían visto. Todos los demás es que no lo habían visto, y corrían porque veían correr, ladraban porque escuchaban ladrar, saltaban cuando saltaban los demás. Pero claro, la cosa se iba alargando y llega el momento en que se dicen, "Oye, ¿pero tú has visto algo? ¿No? Yo tampoco. Venga, vamos a descolgarnos". Entonces se van descolgando y van diciendo, "Oye, tú, es que esto no puede ser".

Esta metáfora sirve para iluminar que es muy importante conjugar fidelidad a una tradición con experiencia personal. Porque si uno no tiene un encuentro personal con Jesucristo va a ser muy difícil que sea fiel. Por ejemplo, hay que ir a misa los domingos de tu vida y días de guardar, como se decía

antes en el mandamiento de la ley de la Iglesia que decía: "Ir a misa los domingos y días de guardar". Por lo menos en España nos enseñaban así esa expresión. Ir a misa los domingos y días de guardar porque está mandado. Hoy es día de precepto, hoy no es día de precepto. Que todavía suenan los teléfonos y preguntan esas cosas: ¿Hoy es día de precepto? A ver, ir a misa porque toca y es día de precepto durante un año, 2 años, 3 años, 10, 20, 30, no va a ser posible. En un tiempo igual se hizo porque la fuerza de la tradición era tremenda, pero en este momento va a ser muy difícil si tú no has tenido un encuentro personal con Jesucristo, si no has experimentado como Él fija sus ojos en ti y te dice: "Ven y sígueme". Es que también la fe es una conjugación de tradición recibida y de encuentro personal tuyo con Jesucristo, y las dos cosas hay que integrarlas. Lo de la integración es muy importante porque sin esa integración existen lecturas parciales.

Un pequeño excursus teológico para fundar esto ¿Recuerdan ese versículo del evangelio de San Juan que dice "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida"? Lo recuerdan ¿verdad? Es muy curioso que en el evangelio, en el original griego, no pone comas y dice **"soy el camino y la verdad y la vida"**. O sea, repite la conjunción copulativa en griego *kaí* - nuestra conjunción "y" - como subrayando que no soy sólo una de las cosas, sino las tres, sumando las tres. Porque en la vivencia del cristianismo existe el riesgo de vivir el misterio de Cristo desde una de las tres.

Entonces, presentar a Jesús solamente como el camino, es como aquel que se acerca a Jesús meramente desde una experiencia moralizante. Hay mucha gente que para él Jesús es eso, cumplir los mandamientos, cumplir preceptos; hay mucha gente que lo entiende así: "¿qué es ser cristiano? ir a misa los domingos, hacer esto, no robar, no matar...". Poco a poco vamos degenerando con eso, porque no hace mucho, en una visita pastoral, le pregunto a un chaval: "¿Qué es ser cristiano?" y me dice él: "Reciclar. Reciclar y compartir" ¡Fíjate tú qué visión tan horizontal de las cosas, madre mía! Y le dije: "Bueno, un poquito más. Vamos a intentar explicarlo".

Cuando uno ve el cristianismo sólo como el camino, tiende a tener una tendencia moralizante. Que no es, porque lo principal es el encuentro con Cristo. Cuando uno ve el cristianismo como verdad, sólo como verdad, tiene una tendencia a deformar la Revelación meramente como un contenido dogmático. Eso que he dicho antes, alguien que se sabe todos los dogmas, pero que su vida no concuerda. Entonces existe también ese riesgo de quien tiene la cabeza muy bien amueblada, se lo sabe todo, pero su vida no concuerda. Es una imagen demasiado dogmática-teorizante.

Incluso, fíjense, voy a decir lo siguiente. Cuando alguien vive el cristianismo no como camino, no como verdad, sino únicamente como vida: “para mí la experiencia de Dios es mi experiencia interior, que yo lo que quiero es sentir, llegar a una especie de nirvana en el que yo llegue a la paz interior” está haciendo de la experiencia religiosa una especie de producto para no sé qué sensaciones interiores, está buscando reducir la experiencia religiosa a una búsqueda de paz, de relajación interior. Y eso también hoy en día se está dando. No sé aquí cómo estarán aquí las cosas, pero en España de eso hay mucho; la gente confunde el encuentro con Dios con un rato de yoga, de relajación. No tiene nada que ver, que Jesús cuando estaba en Getsemaní orando no parecía muy relajado. Confundir la oración con la relajación es un error.

Entonces, **existe el riesgo de un moralismo, el camino, existe el riesgo de un dogmatismo, la verdad, y existe el riesgo de un experiencialismo orientalista, la vida; las tres cosas tienen que estar integradas.** Tiene que haber una integración entre la fe en la verdad, la experiencia interior y la coherencia moral de los mandamientos. Las tres cosas tienen que estar integradas. Por eso el catecismo de la Iglesia Católica tiene tres partes fundamentales, que son credo, mandamientos y sacramentos y oración, porque son camino, verdad y vida. Y tiene que existir un equilibrio entre los tres aspectos porque si no, inevitablemente, caemos en un moralismo, en un dogmatismo o en un experiencialismo.

Por eso insisto en la importancia de integrar la tradición y mi encuentro personal. Porque si alguien desprecia la tradición y piensa que él va a conocer desde su experiencia interior de nirvana, no sé qué va a ser eso. ¡Hombre, que Dios se ha revelado! Hay una Revelación, y si haces como si esa Revelación no hubiese acontecido, si tú pretendes conocer a Dios sólo desde tu experiencialismo interior, vas a confundir la Revelación de Dios con tus estados interiores. Éste es un punto importante, cómo tener una visión integrada del mensaje revelado a la hora de ser testigo y apóstol de él.

Un paso más. Habla el Papa Francisco del gusto personal de ser pueblo. Es curioso. Esto que voy a explicar ahora es muy del genio personal del Papa Francisco, porque hay cosas en lo anterior que he explicado que son aspectos que están muy presentes en la tradición de la Iglesia, pero hay otras cosas que son muy del genio del Papa Francisco. Esta es una de ellas. Dice:

Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente. La misión es una pasión

por Jesús, pero al mismo tiempo una pasión por el pueblo. Así redescubrimos que él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia.

Jesús compartió la vida con la gente, les miró con cariño, compartió la mesa de los pecadores cosa que fue problemática para Él: “¿Cómo ha entrado éste en casa de un pecador? ¿Y cómo está hablando con esa mujer?” Como con la samaritana que habla con Jesús; y por la noche recibe a Nicodemo. Jesús compartió la vida de la gente a pesar de las acusaciones. Entonces no podemos refugiarnos en falsas distancias que en el fondo son espacios de comodidad.

Cuando me encuentro con nuestros sacerdotes más jóvenes, les digo: “¿Cuántas horas inviertes visitando casas? ¿O estás en tu despacho?” Ojo con eso ¿cuántas horas invierto visitando las casas, saliendo? Yo recuerdo en mi vida de sacerdote novel, que te estabas iniciando, el obligarme un poco a mí mismo, ponérmelo en mi agenda: “mañana visitaré a Tal y a Cual” Y además me lo escribía porque sabía que me vendrían ganas de buscar alguna excusa de última hora para no hacerlo. Uno se conoce y se dice: “A ver, José Ignacio, que nos conocemos. Para ti es mucho más fácil quedarte en despacho y leer y escribir y tal. Es mucho más fácil eso, que ir y llamar a la puerta de alguien”.

Me acuerdo que llegó el año 2000, que era el Año de la Redención y me dije: “¡El Año de la Redención!, tendré que hacer algo. Venga, voy a todas las casas y voy a meterles un papel en el buzón, diciéndoles que voy a visitarles, y que a quien quiera bendecir la casa lo hacemos, y tal”. Pero yo lo hacía un poco obligándome, porque todos nos conocemos a nosotros mismos y cada uno sabe lo que le cuesta y lo que no le cuesta. Y claro, haciendo esas visitas pasan muchas cosas; llamas a una puerta y a ver qué pasa ahí. Puede ocurrir que alguien te cierre la puerta porque no sé qué, o que tú le estás oyendo y no te abre. Me acuerdo que en una de las casas a las que toque me abrió una chica adulta que trabajaba en esa casa haciendo las labores domésticas y me dice: “Los dueños son testigos de Jehová, pero ahora no están. Pase, pase usted y bendiga.” Le dije: “No hija, no vamos a hacer eso”. ¡Unos tanto y otros tan poco!

Y les voy a contar que, entre las cosas que me pasaron en ese intento de ir a tocar todas las puertas en el año 2.000, que hacía 2.000 años que nació Jesús, en una de las casas en las que

toqué salió un hombre que era muy comunista. Este hombre había tenido la típica historia que en España a veces ocurre con aquella guerra civil que fue terrible, que dividió a la gente en dos Españas. Y bueno, ya saben ustedes que hubo 6.000 sacerdotes asesinados, y muchísimas iglesias quemadas; aquello fue terrible. Y claro, cada uno lee esa historia dependiendo de cómo se ha vivido afectivamente en su familia, porque al final los lazos familiares afectivos son los que te han hecho tu lectura personal de esa historia. Y éste estaba en esa lectura. Y el hombre me dice: "¿Quiere usted pasar? Si quiere usted escucharme, puede pasar". Digo: "¡Sí, hombre, yo quiero escucharle!". Me llego allí y el pobre, claro, me contó toda su herida con su lectura de la historia. Que él obviamente recordaba porque sus padres habían sido objeto de una represión en la guerra civil, y a su madre por lo visto le habían cortado el pelo como un escarmiento, la habían desnudado y le habían hecho tomar una purga para que se hiciese todas sus necesidades según paseaba por el pueblo y la gente se riese de ella. Y claro, era su madre, y obviamente el corazón de ese hijo tú verás cómo estaba. Me contó todo eso y yo me dije: "Bueno, esto es un día de Gracia, que hable, que se desahogue". Y tardó mucho en terminar de hablar, y yo decía para mí: "Tengo misa a las 7..." Y entonces le dije unas palabras y nos despedimos, y le di las gracias, y le dije: "El motivo de mi visita es que hace 2.000 años que nació Jesús, y por encima de las historias de nuestras heridas está Él. Yo tengo misa ahora. Yo voy a rezar por su madre, y por todos los que han fallecido de su familia. No sé si les hicieron funeral cuando fallecieron o no". Bueno, me fui. Y el domingo siguiente estaba yo celebrando misa, la misa ya había comenzado, y veo que él entra y me dije: "Ha venido a devolver la visita". Estuvo un rato y se fue. No estuvo toda la misa, no, pero estuvo 10 minutos o así. Escuchó un poco y se fue. ¡Que para ese hombre sería la primera vez que entraba en una Iglesia en su vida! Estuvo un rato, y se fue. ¿Quieren ustedes creer que esa tarde le atropelló un coche y murió?

Yo lo viví como un regalo de Dios. Dije: Dios me permitió visitarle y el día que él devolvió la visita, fíjate, murió en un atropello. Y me he acordado de él muchas veces a la hora de hablar, a la hora de cuando uno tiene un poco de resistencia para vencer sus... no sé si decir, timideces, o miedo al ridículo, miedo al qué dirán, pereza... No sé, porque esa resistencia nuestra a la evangelización tiene un poquito mezcla de todo. Entonces, me acuerdo mucho de él cuando me pasa eso, para motivarme y para decir "Oye, tenemos que dar la cara por Jesús y anunciar su evangelio". Luego yo creo que está claro también que ese vencimiento interior es importante.

Aquí el Papa habla del gusto personal por el pueblo. A veces uno tiene un gusto, y a veces tiene que educarse el gusto; el gusto también tiene que ser educado porque tú vas a un sitio en el

que igual sabes que no vas a ser bien recibido, y a todos nos gusta ir a sitios donde seamos bien recibido. Claro, yo aquí con ustedes estoy muy a gusto, pero sé que hay otros auditorios donde la cosa es más complicada. Y sé que tengo que estar en ellos y, cuando a veces llegan varias cosas al mismo tiempo y no puedes estar en todas, en mi agenda procuro elegir la difícil, no la fácil; porque claro, a mí me gustaría ir a un sitio donde te va a recibir bien, y no, elijo la otra. Y así me acuerdo de nuestro difunto padre que siempre, cuando nos enseñaba a comer, decía, "Primero come lo que no te gusta y deja para lo último lo que te gusta". Eso nos enseñó nuestro difunto padre, así nos educaron. Y la verdad es que esa educación ha sido importante en la vida, porque eso tiene muchas aplicaciones. El toro hay que cogerlo por los cuernos y hay que dar la cara para evangelizar por Jesucristo.

También dice el Papa Francisco: "Vencimiento de pesimismo y fatalismos". Esto también es importante, porque a veces el pesimismo es un reflejo de la falta de esperanza y es una excusa para la comodidad. Pensar: "¿Para qué me voy a privar del plan que tengo si no sirve para nada lo que estoy haciendo, si voy a hacer un gran esfuerzo y vas a ver tú cómo no vamos a obtener ningún fruto". Eso a veces está ahí, calando, y eso es una tentación.

Repito mucho últimamente en el contexto español que nosotros estamos llamados a dar fruto, no a tener éxito. Nosotros estamos llamados a dar fruto, no a tener éxito, que no es lo mismo; hay una diferencia sustancial porque dar fruto es con cruz, dar fruto es con contradicciones, dar fruto es humildemente, y lo de tener éxito es que nos gusta que en todos los sitios nos pongan la alfombra roja, y eso Dios no lo suele querer. Estamos llamados a dar fruto, no a tener éxito.

Y es más, les voy a decir que una de las cosas que yo he escuchado a la Madre Teresa de Calcuta, de las que más me han conmovido escucharle, porque me pareció potente decir eso, decía ella: "Yo a Dios no le pido tener éxito, le pido ser fiel". Me parece una intuición importantísima: yo a Dios no le pido tener éxito, le pido ser fiel. Lo de tener éxito, o no tener éxito, o el nivel del fruto que tenemos que dar, dejémoslo en manos de Dios; que también ha habido santos en la historia de la Iglesia, como Carlos de Foucauld, que murieron sin haber visto una sola conversión en su vida. Esto es importante, porque de lo contrario uno nunca tendrá claro si lo que le mueve es el celo o el deseo del triunfo. Y a veces confundimos la santidad con la orla de santidad; que la orla es otra cosa ¿sabes? Creo que esa petición de Madre Teresa es bueno que la hagamos y la repitamos cada uno de nosotros.

Conocí en una ocasión a una religiosa contemplativa. Por cierto, creo que debemos de tener un gran agradecimiento y reconocimiento hacia ellas. Me parece importantísimo que caigamos en la cuenta de que la obra evangelizadora de la Iglesia se sostiene en gran medida en las vocaciones contemplativas. Ojo con esto, que hablamos poco de ello. Yo recuerdo que en el castillo de Francisco Javier, que si no han estado ustedes es un sitio precioso, había allí unas religiosas contemplativas de clausura. Las Oblatas de Cristo Sacerdote, se llamaban. Y estuve ahí la semana anterior a mi ordenación. Yo tenía 24 añitos, y me dijeron ellas: "Mira, tú te vas a ordenar pronto. Cada uno hemos recibido aquí en la vida de la Iglesia una vocación distinta. Tendrás muchos problemas en la vida, vete tú a saber qué es lo que te espera; no tienes ni idea de qué va a querer hacer Dios, pero recuerda una cosa, que en toda situación en la que te veas metido, una de nosotras estará siempre ante el santísimo sacramento en adoración y en petición por ti". Y ellas, día y noche, 24 horas toda su vida, están en adoración. Es poderosa esa capacidad de intercesión, y seríamos muy ridículos si no nos diésemos cuenta de lo que es ese rezar unos por otros. Es muy importante que sostengamos esa conciencia de que en la oración estamos sostenidos por ellas.

Decía que en una conversación que tuve en una ocasión con una de estas almas contemplativas, más tarde en mi vida como director espiritual y un poco como acompañante, una de ellas me dijo: "A mí en mi vida lo que más me cuesta, el mayor sacrificio que yo creo que ofrezco a Dios, no es la pobreza, no es mi consagración virginal, no es la obediencia, no es ni siquiera estar aquí en clausura detrás de estas verjas. Para mí, yo creo que el sacrificio que más me cuesta y que ofrezco a Dios es que yo se lo ofrezco en la fe, sin saber y sin poder contabilizar cuántos, de qué manera, o dónde, o cuáles, van a ser los frutos. Porque a mí me encantaría saber que tantos misioneros, vocaciones, no sé qué y no sé cuántos, se han beneficiado." Que hubiera una especie de contabilización de los frutos que Dios otorga a su Iglesia sirviéndose de ellas. Me conmovía esa perspectiva, me dije que lo que me había dicho esta mujer, el mundo no lo intuiría. Ella decía: "Pienso que es la ofrenda mayor que hago a Dios. Ofrecer todo por las almas sin que yo las posea. Son de Dios. Yo no las poseo. Dios lo sabe".

Y no sé si conocen el pasaje de "Historia de un Alma" de Santa Teresita de Lisieux, que es una joya de la espiritualidad que todos debíamos haber leído. Cuenta que cuando Teresita de Lisieux va teniendo esa vocación contemplativa, que era una niña, una auténtica niña, todavía adolescente de primera fase, y ella estaba sintiendo esa vocación a rezar por los demás y le pedía al Señor: "Señor, dame un signo, dame un signo de que si yo te ofrezco mi vida entera, tú vas a hacer

fructificar este signo mío". Entonces, estaban en aquel tiempo en Francia, habían detenido a un asesino en serie que era terrible y le habían condenado a muerte en el juicio, y era muy conocido y salía en todos los periódicos. El padre de Teresita de Lisieux, que está beatificado, no permitía a sus hijas leer el periódico; las quería conservar inocentes y no leían el periódico. Pero Teresita, que fisgaba y se escapaba, veía un poco el periódico y seguía la historia de aquel criminal que iba a ser ejecutado públicamente, se le iba a decapitar públicamente ante toda Francia. Y ella, con toda su alma, pidió su conversión: "Señor, que esta alma se convierta. Yo quiero entregar mi vida, pero te pido que me hagas ver una luz, que mi oración ha sido escuchada y nunca te pediré nada más. Tú sabrás. Yo me fiaré de ti para siempre". Y entonces llegó el momento de la ejecución, y éste hombre era uno de esos que eran duros. Rechazó todo, rechazó los sacramentos, rechazó la confesión y no quiso saber nada. Y en el momento de la ejecución tenía al lado a un fraile, y cuando le iban a cortar la cabeza, en el en el instante último que sabes que te cortan la cabeza, él tuvo un momento de reflejo, cogió la cruz del hábito del fraile, la besó y le cortaron la cabeza. Eso salió en el periódico y Teresita de Lisieux, que fisgó el periódico, dijo: "Me han escuchado, me han escuchado, Dios me ha escuchado". Y entonces ella intuyó que esa ofrenda, que la ofrenda de la oración, llegaba al corazón de Dios.

Por eso me parece importante, importantísimo, que nosotros tengamos esto muy en cuenta, que la evangelización está sostenida en la oración, en la ofrenda de muchos enfermos que han hecho ofrenda de su vida por la evangelización de la Iglesia y algún día lo sabremos; ahora lo intuimos por la fe, pero algún día lo sabremos. Y esto traducido a nosotros nos tiene que llevar a ser almas intercesoras. A interceder por aquellos a los que vamos a evangelizar, ser intercesores; porque esto nos va ayudar para tener una conciencia de que la misión no es mía, es de Jesucristo.

Y además conocemos la anécdota de aquel cura que fue a visitar al Santo Cura de Ars quejándose de que su pueblo era un pueblo absolutamente irreligioso, y que ahí no se convertía nadie. Y se le quejaba: "Es que son súper fríos y son súper no sé qué", como echándoles la culpa. Y entonces el Santo Cura de Ars le dice, "A ver ¿usted cuántas horas de oración ha hecho por ellos? ¿y cuántos ayunos? ¿y cuánto tiempo se ha puesto el cilicio? ¿y cuánto tiempo no sé qué...?". Y claro, dejó al otro helado. "¿Es que se cree usted que las almas se ganan con facilidad? Las almas se ganan con una gran batalla". Hay una gran batalla para ganar un alma. Entre otras cosas, porque el demonio está dando una gran batalla para que se pierda.

En el verano pasado hice en Radio María unas explicaciones del libro “Cartas del diablo a su sobrino” de Lewis. Lo tienen ustedes a su disposición dentro de la página enticonfio.org, donde hay un apartado que pone “Píldoras” y están recogidas allí. No sé si ustedes conocen ese libro, que es una joya de C.S. Lewis, donde hay 34 cartas de un tío-diablo que se va a jubilar a su sobrino-diablo, donde le da consejos de cómo hay que tentar al personal. Escrutopo a Urugario, Escrutopo es el tío-diablo y Urugario es el sobrino. Y entonces, como el refrán que dice que “más sabe el diablo por viejo que por diablo”, le da consejos de cómo tentar a la gente. ¡Es interesantísimo! Satanás intenta robar las almas, intenta confundirnos, intenta siempre liar la comprensión de las cosas. Y obviamente hay una gran batalla para salvar las almas, y esa batalla requiere la oración, requiere la intercesión, apoyarnos en los medios de Gracia y ofrecerle al Señor la “determinada determinación”, que esta es una frase de Santa Teresa de Jesús, la determinada determinación de que vamos a dar la gran batalla por la santidad.

Que la muerte nos descubra queriendo ser santos. Que cuando llegue la muerte nos encuentre en esas, en la batalla por la santidad, porque ésa será la gran aportación que podemos hacer la tarea misionera, la batalla de la propia santidad, que es lo que garantiza que tú verdaderamente estás queriendo servir a Jesucristo.